

LA RACIONALIZACION PLATONICA DEL ENSALMO Y LA INVENCION DE LA PSICOTERAPIA VERBAL (*)

por el

PROF. DR. PEDRO LAÍN ENTRALGO
Catedrático de Historia de la Medicina
de la Universidad Central

El año 1825 fué publicado en Viena un libro; al frente de sus páginas iba impreso un fragmento de *Cármides* platónico, aquel en que Sócrates dice haber aprendido de un tracio, discípulo de Zamolxis, que las dolencias del cuerpo ni pueden ser curadas sin tratar ante todo y sobre todo el alma. «Pero el alma—termina diciendo el fragmento entonces transcrito—es curada con ciertos ensalmos.» Lo verdaderamente genial y decisivo del pensamiento de Platón acerca del tema aparece en otras partes del mismo diálogo.

Los filósofos no han estudiado de manera plenamente satisfactoria la idea platónica del ensalmo o conjuro. Parece, pues, que un estudio de ese problema desde doble punto de vista, histórico-cultural y médico, puede aportar todavía alguna luz al conocimiento de la antropología de Platón y de sus personales ideas en torno a la acción terapéutica del médico. Eso es lo que en las páginas subsiguientes pretendo.

La idea de conjuro estuvo presente en la mente de Platón a lo largo de toda su vida de escritor, desde los más socráticos diálogos de su juventud hasta los de su extrema vejez; mas no deja de ser curioso que la frecuencia mayor del empleo corresponda a una de sus primeras obras, el *Cármides*, y a la que pasa por ser la postrera: *Las Leyes*. Veremos luego la relación que existe entre esas concepciones inicial y final del ensalmo.

Pero la necesidad de considerar cronológicamente la visión platónica de la *epodé* ha de acordarse desde ahora con otra, no menos importante, derivada del diverso sentido con que Platón va usando esa palabra. Hay ocasiones en que el filósofo se limita a mencionar con ella, de un modo tradicional y directo, los ensalmos o conjuros mágicos que desde los tiempos prehoméricos venía practicando el pueblo griego. La palabra es en tales casos mucho más denominativa o descriptiva que interpretativa,

(*) Entscado. per «Suplinto.», pág. 37, 1958.

aun cuando su significación concreta no se halle totalmente exenta de un juicio de valor positivo, unas veces y negativo otras. Hay textos, en cambio, en los cuales es patente la intención interpretativa. El término no es usado entonces según su sentido directo y tradicional, sino con una original significación metafórica o analógica. En consecuencia, habrá que estudiar por separado estos modos de empleo de la palabra *epodé*, y analizar luego lo que ella significa en los dos diálogos donde el esfuerzo constructivo de Platón es más concluyente: el *Cármides* y *Las Leyes*.

Desde la *epodé* con que los hijos de Autólico curan en la Odisea la herida de Ulises, la mención de este rito terapéutico es frecuente en la literatura griega. Trátase de una fórmula verbal de carácter mágico, de contenido variable, según los casos, y recitada o cantada ante el enfermo para conseguir su curación.

Platón alude a veces con muy estricta sobriedad a estas *epodaí* tradicionales. Por ejemplo, cuando habla de cómo las parteras saben excitar o aliviar los dolores del parto mediante la recitación de ensalmos, o cuando enumera los varios recursos terapéuticos del médico griego: medicamentos, cauterios, incisiones y ensalmos. A la mera enumeración de la práctica mágica se añade en otros casos la expresión de una clara actitud de vituperios moral e intelectual. Así acaece en el libro II de la *República*: en su alegato táctico en favor del vivir injusto, Adimanto menciona «los charlatanes y adivinos que van llamando a las puertas de los ricos y les convencen de que han recibido de los dioses el poder de borrar, por medio de conjuros realizados entre regocijos y fiestas, cualquier falta que haya cometido alguno de ellos o de sus antepasados». Todavía es más duro el ataque contra los ensalmos mágicos en los últimos libros de *Las Leyes*. Quienes engañan y menosprecian a los hombres «pretendiendo que pueden evocar las almas de los muertos y prometiendo seducir hasta a los dioses, hechizándolos con sacrificios, plegarias y conjuros», son condenados a incomunicación perpetua en la prisión central; y lo son a muerte los adivinos e intérpretes de prodigios que tengan fama de perjudicar mediante invocaciones infernales, conjuros y otras hechicerías.

Con igual explicitud y univocidad se refieren a la *epodé* mágica otros textos de Platón; pero en ellos apunta ya de un modo o de otro la intención metafórica o analógica que hemos de estudiar en el apartado próximo. Tal acontece en la alusión al ensalmo que se hace en Leg. X, 906 b: las «palabras lisonjeras y plegarias encantadoras» a que ahora se alude son tanto ensalmos como medios naturales de seducción. Y no menos evidente es el propósito de sacar a la *epodé* del turbio y condenable

dominio de la superstición y la impostura cuando Sócrates, en el *Banquete*, la incluye entre las varias formas de lo demoníaco: la mántica, los sacrificios, las iniciaciones, los ensalmos, la adivinación y la magia.

Una página del *Eutidemo* nos introduce resueltamente en el campo de la utilización metafórica o analógica del vocablo. Sócrates propone, en efecto, una precisa clasificación dicotómica del arte de los ensalmos: en su sentido más estricto, ese arte consiste en encantar serpientes, tarántulas, escorpiones, otros animales y enfermedades; en otro sentido, es el de los hacedores de discursos, y se dirige a los jueces, a los miembros de la Asamblea y a las multitudes para encantarlas y calmarlas. La palabra del orador hábil es, pues, causa de encantamiento o hechizo, y por eso puede decirse que su arte es divino, inspirado por los dioses.

Platón hace un amplio uso de este expediente retórico. En las más diversas ocasiones, con los más distintos motivos, los personajes de sus diálogos llaman *epodé* a la palabra psicológicamente eficaz, a la expresión verbal virtual o realmente persuasiva. En el *Gorgias*, con ocasión de su apasionada defensa de la ley del más fuerte, Calicles llama «ensalmadores» a los que con discursos blandamente seductores persuaden a los niños de que lo justo y lo bello consiste en no tener más que los otros. Menón, por su parte, sostiene que Sócrates le llena de perplejidad con el «extremado ensalmo» de su dialéctica: la dialéctica es así llamada *epodé*. Sócrates mismo, en el *Fedro*, después de haber aludido irónicamente al arte oratorio de varios sofistas, ensalza el poder verbal del «coloso de Calcedonia», capaz de enfurecer a una multitud, y luego, sometidos los furiosos a sus ensalmos, de calmarla. No menos claro es el sentido no mágico de la *epodé* en el *Teeteto*, cuando Sócrates, que antes ha recordado expresamente las *epodái* de las parteras, llama mayéutica a su personal arte de persuadir mediante la palabra, y dice a su discípulo que con él le encanta o hechiza. Y así es cómo puede entenderse rectamente la propuesta de convertir en *epodé* el alegato que demuestra la acción nociva de la poesía: «En tanto la poesía no se haya justificado, hemos de oírla hechizándonos a nosotros mismos con el razonamiento que hemos hecho y con este ensalmo para librarnos de caer en un amor más bien propio de niños y del común de los hombres.»

Párrafo aparte merece la significación que la *epodé* ostenta en el *Fedón*. El temor a la muerte es en el fondo un temor infantil, afirma Cebes después de la argumentación socrática. Por tanto—concluye Sócrates—, necesitamos ensalmarnos o encantarnos a nosotros mismos a diario, hasta que nuestro ensalmo haya extinguido en nosotros ese temor,

Es preciso, pues, buscar a toda costa un encantador o ensalmador eficaz contra tales errores, o, lo que acaso sea más seguro entre hombres inteligentes, convertirse cada uno en el encantador de sí mismo; es la definitiva sentencia de Sócrates. El mito, un relato bello y suasorio, actúa como *epodé* contra la nociva puerilidad del temor a la muerte.

La *epodé*, que comenzó siendo conjuro o ensalmo mágico, ha venido a ser razonamiento o relato contra el error o contra los efectos dañosos.

Comencemos por afirmar la existencia de una transición continua entre la metáfora y la analogía intrínseca. Una metáfora genuina es siempre algo más que una caprichosa asimilación verbal de dos realidades por completo dispares entre sí. Yo diría, reduciendo la cuestión a fórmula escueta, que la metáfora es una analogía en que predomina la *pars loquentis*, y la analogía, una metáfora en que predomina la *pars rei*.

PROFILASIS DE LA CARIES MEDIANTE TABLETAS FLUORADAS

El flúor tomado en forma de tabletas se absorbe, pasa a la sangre y se deposita en las partes duras de los dientes. Esto se ha podido demostrar por determinaciones de flúor en la sangre de embarazadas y midiendo en niños el contenido de flúor en dientes intactos, extraídos después de dar dosis profilácticas de flúor y comparándolo con el que tenía el diente simétrico antes de empezar la administración. No se conocen acciones secundarias de las tabletas de flúor, las cuales tienen sobre la adición de flúor al agua de bebida la ventaja de que la cantidad de elemento absorbida es independiente de la ingestión de agua. Para ajustar la dosis de las tabletas profilácticas se puede despreciar el flúor contenido en los alimentos y tener en cuenta tan sólo el déficit en el agua, considerando normal la cifra de 1 miligramo por litro. Debe evitarse la sobredosificación ya que el margen profiláctico es estrecho. (Held y o. «Sch. Med. W.» 85, 55; «Clí. Esp.» 408, 56.)